

Crisis y dilemas de los movimientos sociales y populares en Brasil

Guadalupe Teresinha Bertussi *
Nildo Domingos Ouriques **

Al inicio de la década de los años noventa los movimientos sociales y populares de Brasil se encuentran en una situación distinta de la que gozaban en décadas anteriores. Muchos de ellos presentan, ahora, evidencias de fragmentación y enfrentan dificultades para articular sus luchas; sufren de desmovilización, transfiguración y desarticulación de sus organismos.¹

Dichos cambios están asociados con la débil presencia que tienen en la sociedad civil, así como con su restringido poder para incidir en los debates e instancias políticas de los distintos planos de la realidad nacional. Lo anterior, ha sido resultado de su poca capacidad para lograr viabilizar las soluciones necesarias para las demandas que representan.

Los movimientos sociales y populares atraviesan hoy por una suerte de reflujo que les ha quitado, en parte, las esperanzas de convertirse en los nuevos sujetos políticos, capaces de realizar las transformaciones estructurales, como se pensó en un pasado reciente. En este sentido, en relación con dichos movimientos, se ha señalado, incluso, la existencia de "una mal disimulada decepción ante una promesa no cumplida".²

El proceso de implantación de la llamada "Nueva República" que se inicia en marzo de 1985 con el gobierno civil de José Sarney, y se consolida a partir de 1990 con el mandato del presidente Fernando Collor de Mello, marca el punto de inflexión de dichos movimientos ¿A qué se debe ello?, ¿a que en el nuevo marco de la democracia representativa

fueron solucionadas las demandas por las que luchaban y que les dieron origen?, ¿o a que desaparecieron las condiciones que generaron dichas demandas?, ¿o es que los movimientos fueron institucionalizados? Esta no es la realidad, y por lo mismo el propósito de este trabajo es plantear algunos puntos de reflexión sobre las condiciones que generan el impasse en que se encuentran actualmente los movimientos sociales y populares.

Consideraciones generales

En un esfuerzo por no caer en reduccionismos simplificadores y tratar de enriquecer la comprensión de la realidad considerada, nos parece necesario precisar, en primer lugar, que no se debe confundir a los movimientos sociales con los movimientos populares y, en segundo, establecer las diferencias entre ambos.

Consideramos, con base en conceptualizaciones ya elaboradas,³ que los movimientos sociales y populares se configuran como una dinámica que se genera en la sociedad civil, y que se orientan intencionalmente a la defensa de intereses específicos con relación al Estado. Dinámica ésta que se interpone en las relaciones entre la sociedad civil y el Estado. En Brasil, a partir de 1974, su acción se

* Investigadora de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad El Ajusco, México.

** Economista, estudiante del Posgrado en Economía de la UNAM.

¹ Vera da Silva, Telles. "Movimentos sociais: reflexões sobre a experiência dos anos setenta", en e Paulo Krischke, Ilse S. Warren, (coords.), *Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América Latina*, Sao Paulo, Ed. Brasiliense, 1987, p. 70.

² *Idem*.

³ Lindanelli, Horge Emilio, "Centralidad obrera y continuidad histórica en el movimiento popular uruguayo", en Daniel Camacho y Rafael Menjivar, (coords.), *Los movimientos populares en América Latina*, México, Siglo XXI/ONU, 1989, p. 437.



dirigió a cuestionar, tanto de manera fragmentaria como absoluta, a las estructuras de dominación establecidas por el régimen dictatorial, y su voluntad implícita fue transformar parcial o totalmente las condiciones del crecimiento social.⁴ Por ello mismo, estos movimientos comprenden tanto aquellos que reúnen los intereses de sectores dominantes como aquellos que representan los intereses de los sectores populares.⁵ En este sentido el movimiento más representativo fue el que ocurrió entre 1983 y 1985, en que se demandaba la elección del mandatario del país por los ciudadanos y no por el Congreso, lo que fue conocido como "*Movimento pelas diretas, já!*" (Movimiento por las directas, ¡ya!).

A diferencia de los movimientos sociales, los populares están integrados por elementos del pueblo que, según Marx, son aquellos sectores de la sociedad que sufren la dominación ideológica y la explotación económica de la clase dominante, y que por lo mismo su acción va encaminada a cuestionar de manera absoluta y a transformar radicalmente tales estructuras.⁶

Los elementos determinantes y diferenciadores de unos y otros son, por lo tanto, la referencia a las clases sociales y al proyecto histórico dentro del cual se circunscriben, lo que no excluye la posibilidad de mutua articulación entre los mismos.

En este sentido, es necesario recordar que históricamente la forma de desarrollo del capitalismo dependiente en Brasil, y muy particularmente después del golpe de 1964, estableció límites estrechos de negociación entre el Estado y los sectores populares. En consecuencia, cualquier demanda de éstos por ampliar sus derechos dentro del mismo sistema se topa inmediatamente con sus límites. Por lo mismo, en estas condiciones el enfrentamiento del régimen con los sectores populares, así como su cuestionamiento radical, es permanente y no obedece necesariamente a un claro proyecto de transformación previamente elaborado.

Estas condiciones han puesto en marcha en Brasil, desde el periodo colonial, a vastos contingentes humanos, los que se han expresado en movimientos sociopolíticos importantes. En las últimas décadas el espectro de dichos movimientos, según la clasificación elaborada por Frank,⁷ está integrado por: 1) los movimientos clásicos, que son los que surgen en concomitancia con el desarrollo del capitalismo y que, por lo tanto, se derivan de las relaciones entre el capital y el trabajo, tales como los movimientos sindicales que representan las distin-

tas categorías profesionales y en general los movimientos de los obreros y de los campesinos; 2) los que tienen características nuevas, tales como los étnicos integrados por los movimientos de negros e indígenas, los movimientos de mujeres y de las feministas, los movimientos de vecinos, de barrios y de "favelas",⁸ los de las Comunidades Eclesiales de Base y los generacionales, y 3) los movimientos legítimamente nuevos tales como los ecologistas.

En términos generales, tanto los movimientos sociales como los populares en Brasil han tenido, por lo menos, como uno de sus propósitos, luchar en contra de las formas de privación y represión social, por las condiciones de reproducción y de sobrevivencia de sus miembros o por el mantenimiento de la identidad de los mismos.⁹

Todos ellos se caracterizan por ser movimientos que han realizado prácticas colectivas de tipo reivindicativo y defensivo.¹⁰ El propósito de ellos no ha sido tomar el gobierno, sino más bien lograr su autonomía frente al mismo, para incidir así en las políticas estatales, pero siempre respetando los límites del orden establecido.

Al amplio y heterogéneo universo de las demandas específicas arriba descritas se agregaron, a partir de 1983, las generales de tipo político, expresadas en el "*Movimento por las directas, ¡ya!*", anteriormente mencionado, que implicaba a su vez el fin del régimen militar.

Al contenido de clase de este movimiento social por la democracia, correspondieron también distintas concepciones de la misma.

Para las fracciones de la burguesía monopolista, asociada al capital internacional y aliada con los militares, quienes habían planteado desde 1974 dirigir el tránsito del régimen dictatorial hacia el democrático, se limitaba a la democracia formal de todos los ámbitos representativos del aparato estatal. Y ello sin cambiar las normas de participación social, en lo político y en lo económico, tal como habían sido establecidas por el gobierno militar. Se trataba de mantener inalterado tanto el sistema de dominación como el de acumulación. Con lo anterior quedaba garantizada, bajo el nuevo régimen, la continuidad en el país del llamado "*Estado del cuarto poder*". Estado contrarrevolucionario articulado a raíz del golpe de 1964, integrado por los sectores monopólicos, quienes mantienen la hegemonía, y por las fuerzas armadas, que ejercen un papel de vigilancia, control y dirección sobre el conjunto del aparato estatal. Permaneciendo también vigente la ideología de la Seguridad Nacional.¹¹

⁴ *Idem.*

⁵ Daniel Camacho y Rafael Menjivar, (coords). *Los movimientos sociales en América Latina*, México, Siglo XXI/ONU, p. 15.

⁶ *Idem.*, p. 16.

⁷ André Gunder Frank y Marta Fuentes. "Dez teses acerca dos movimentos sociais", *Lua Nova*, Sao Paulo, junho 1989, núm. 17.

⁸ Villa miseria.

⁹ Cf. Frank/Fuentes, *op cit.*

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Ruy Mauro Marini. "La cuestión del Estado en la lucha de clases en América Latina", *Cuadernos del CELA*, México, UNAM, núm. 44, 1980, p. 21.

Para fracciones de los sectores de la clase media y populares, al contrario, el regreso al régimen democrático significaba la oportunidad de incidir de forma decisiva en distintas instituciones políticas y sociales, así como en las esferas del poder, con el propósito de modificar en su beneficio, a través de reformas, el sistema de dominación, el patrón de acumulación y modernizar al Estado.

Y es en este sentido que la democracia como forma de gobierno, durante el proceso de transición del régimen militar, adquirió para muchos de los movimientos sociales y populares los visos de una utopía, en la medida en que su instalación formal posibilitaría a los individuos la participación, en cuanto sujetos sociales, en la elaboración de una sociedad distinta en la cual estaría contemplada la posibilidad de satisfacción de sus necesidades. La democracia fue, por lo tanto —tomada en sentido amplio—, el establecimiento de igualdades de tipo político, social y económico, lo que traería como consecuencia una sociedad más igualitaria.

Sin embargo, estas esperanzas se frustraron, por más que el movimiento por las “directas ya” se politizara y lograra movilizar a millones de personas en todas las capitales de los estados y grandes ciudades del país, hasta 1985.

La transición política

El proceso de transición, tal como lo anunciara el general Ernesto Geisel, transcurrió de todas maneras de forma lenta —respetando los tiempos establecidos para los mandatos—; de manera gradual —a través de las instituciones establecidas por la dictadura—, y en forma segura. Segura en la medida en que se realizó, previo pacto entre la cúpula política dirigente y los dos partidos creados por el régimen militar. Con lo anterior queda claro que la dictadura en Brasil no fue derrotada, sino suprimida legalmente.

Los movimientos sociales y populares no sólo no participaron directamente de las decisiones de este proceso sino que no tuvieron representación propia. Quedaron en calidad de elementos subordinados a esta dirigencia y a merced de sus decisiones. Una de las consecuencias de este proceso de transición fue, por ejemplo, la ausencia del debate sobre un proyecto nacional alternativo, en el interior mismo del sistema vigente.

Las causas de estas ausencias pueden ser atribuidas a factores relacionados con algunas de las características inherentes a dichos movimientos, tales como el hecho de ser autónomos, locales, espontáneos, pluriclasistas y cíclicos y de no buscar el poder del Estado. Esta es, desde luego, una lectura posible de esta realidad, que permite a la vez señalar la dimensión limitada que tales características les confieren como medio de acción política, o aun las

dificultades en el paso de la acción social a una deliberada acción política para la consecución de sus propósitos. Otra opinión consiste en destacar la inexistencia de una relación sólida entre los movimientos y un partido que los represente y sea capaz de sustituir a los participantes del pacto en la conducción del proceso de redemocratización y de alterar, en favor de dichos movimientos, el juego político establecido.

Este papel no lo cumplió el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) que se había definido siempre como un partido con ideología de tipo liberal progresista y que había representado la oposición durante todo el periodo de la dictadura. Se lo impidió su composición heterogénea, el liderazgo que detentaban los grupos conservadores en su interior y el haber aceptado respetar las reglas del pacto establecido.

Otros partidos, como el Partido de los Trabajadores (PT) o el Partido Democrático de los Trabajadores (PDT), de ideología socialista, tampoco pudieron jugar este papel. Ambos se enfrentaban a las dificultades de ser todavía partidos en formación, además de no haber resuelto las de por sí complicadas relaciones con los movimientos sociales.

Así las cosas, en 1986 se elige en Brasil la Asamblea Nacional Constituyente, que resultó integrada por una mayoría conservadora, responsable de una nueva Constitución híbrida, en el sentido de que si por un lado logró algunos avances en términos de legislación laboral, por otra dejó intocados los grandes problemas nacionales que afectan a la mayoría de la población brasileña tales como: una equitativa distribución del ingreso, la realización de la reforma agraria, la delimitación de las tierras de los indígenas, la discriminación económica, social y cultural de las mujeres, niños, ancianos, indígenas y negros, la precariedad y el deterioro de los medios de consumo colectivos y la devastación del ambiente.

Este resultado se debió en parte a que la Asamblea fue convocada y se desarrolló aún bajo la reglamentación de la Constitución elaborada por la dictadura, y reprodujo, así, mecanismos que acabaron por frenar una mayor representatividad y participación de los movimientos sociales. Desde luego que dicho sistema cumplió efectivamente con tal función, pero también resultó una cortina de humo que impidió, en aquel momento, medir objetivamente los movimientos sociales y populares.

Su verdadera prueba fueron las elecciones presidenciales de noviembre de 1990, con sus consecuencias. En estas elecciones, por primera vez en la historia del país, los partidos de izquierda llegaron a una elección —en segunda vuelta— con posibilidades de lograr una victoria capaz de llevarlos al poder. Y ello no se realizó, no solamente porque el PT que obtuvo el 46.96 por ciento de los votos, no alcanzó la mayoría, sino además porque en su de-

rrota pesó el voto mayoritario recibido por Fernando Collor de Mello en la mayoría de las capitales estatales y particularmente en el estado y la ciudad de Sao Paulo. Frente a estos resultados se colocan, necesariamente, algunas preguntas que cuestionan, por un lado, la verdadera envergadura e intensidad de la acción política de los movimientos sociales y populares en las áreas urbanas y, por otro, la presencia de una percepción triunfalista sobre su papel en el proceso de transición.

Frente a esta nueva derrota y las consecuencias del programa neoliberal seguido por Collor de Mello, que profundizó la crisis económica y el desempleo, afectando a los sectores medios, pero particularmente a los populares, habría sido de esperar una ofensiva mayor por parte de los movimientos sociales y populares. Sin embargo, esto no ha ocurrido. Los movimientos viven momentos de resistencia. Y tal resistencia, que contradice incluso la teoría de la relación positiva entre crisis económica y ofensiva de los movimientos, es lo que parece marcar una nueva etapa en la historia de los mismos.

Las causas son muchas y se deben a factores tanto internos como externos a los propios movimientos sociales. Entre las primeras causas no se debe perder de vista que en 1985, el 59.2% de las familias ganaban hasta un sueldo mínimo, el 35% vivían en situación de pobreza y el 15% en la miseria.¹² O sea que la mitad de las familias brasileñas están empeñadas en resolver el problema inmediato de la sobrevivencia, lo que dificulta la superación de obstáculos internos que comprometen la persistencia y la politización de los movimientos.

En relación con los factores externos, además de los efectos de la crisis, es necesario tener en cuenta el peso del "poder de un Estado disciplinador cada vez más presente en la vida cotidiana, que crea espacios en el interior de sus burocracias para la negociación de reivindicaciones, e impone una normatividad que tiende a despolitizar los conflictos sociales y a fragmentar en comportamientos independientes, técnicamente administrados, todas las esferas de la vida social".¹³ Lo anterior es reforzado por la persistencia, en los gobiernos de Sarney y de Collor de Mello, de las características autoritarias, propias del régimen anterior. A éstas hay que agregar aún la falta de coincidencia entre los tiempos burocráticos de la administración estatal, en donde se diluyen las demandas en procedimientos y esperas, y los tiempos políticos de los movimientos. Esto ocurre tanto a nivel local como nacional, pues al fin y al cabo el Estado, como interlocutor, acaba siendo uno y varios al mismo tiempo, tanto a nivel municipal, como estatal y federal.¹⁴ Estos procedimientos

hay que verlos como prácticas del poder con significados implícitos frente a una situación de conflicto, y que producen la desmovilización y el desgaste de los movimientos.¹⁵

Aportaciones de los movimientos sociales y populares

La importancia que la emergencia de los movimientos sociales y populares tuvo al interior de la sociedad brasileña se expresó en múltiples ámbitos, de los cuales se deben destacar particularmente dos: uno, el político y otro, el del conocimiento científico.

Las razones del golpe militar de 1964, estuvieron asociadas a la necesidad de la burguesía de restablecer, su hegemonía por medio del uso institucionalizado de la violencia. La dictadura, como régimen de gobierno, impuso a la sociedad civil una racionalidad predefinida que implicó reducir sus límites y sus actores, redefinir sus normas y procesos, de tal suerte que la manifestación de las contradicciones de clases y los conflictos sociales quedaron institucionalizados y controlados por el Estado. Lo anterior implicó un profundo reordenamiento de la sociedad brasileña, orientado a mantener un sistema de dominación que lo resguardara de cualquier amenaza al proceso de acumulación.

En esta lógica, hasta 1974, fueron permanentemente suprimidos y reprimidos los actores y los espacios institucionales tradicionales, significativos para la acción política, como aquellos conformados por los movimientos sociales y populares.

Desde el año anterior, 1973, el régimen militar manifestó su disposición de promover la redemocratización del país. Esta actitud estuvo alentada por la desarticulación de la izquierda, por la expansión económica conocida como "milagro económico" y por las pretensiones subimperialistas que exigían la institucionalización del país en los moldes liberal-democráticos, propios del capitalismo avanzado.¹⁶

Estas condiciones políticas, a las que se sumaron posteriormente los efectos de las decrecientes tasas de crecimiento económico que acabaron por configurar la crisis económica en la que vive Brasil desde el inicio de la década de los ochenta, crearon las condiciones para que los movimientos emergieran y ganaran, progresivamente, legitimidad en el escenario político nacional.

Las contradicciones que ellos expresan ocupan progresivamente múltiples lugares en la sociedad civil, alterando también los límites del régimen político.

Esta tarea la inician particularmente los movimientos urbanos con sus luchas por organizarse;

¹² Helio Jaguaribe, et al. *Brasil: reforma ou caos*, 4a. ed., Rio de Janeiro, Ed. Paz e Terra, 1989, p. 68.

¹³ Cf. Vera da Silva Telles, *op. cit.*, p. 71.

¹⁴ Cf. *idem*, p. 72.

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ Ruy Mauro Marini. "O movimento operário no Brasil", *Política e Administração*, FESP/IRJ, vol. 1, núm. 2, julho-setembro de 1985, p. 183.

por sus reivindicaciones por mejores sueldos y por la mejor distribución de los medios de consumo colectivos asociados al lugar de residencia de los trabajadores.¹⁷ Además del movimiento sindical destacan los movimientos vinculados a las reivindicaciones relacionadas con las condiciones del mundo obrero que va más allá de la fábrica, como lo son el hogar, el barrio, los lugares de esparcimiento y de reuniones cotidianas. Todo ello atrajo a la escena política a los sectores populares de las periferias de las ciudades, nuevos actores de la sociedad brasileña.

Una de las diferencias de los movimientos de este periodo, en relación con el anterior de 1964 y en particular del movimiento obrero, es la ruptura del corporativismo. En este sentido, la clase obrera ha logrado avances significativos que se expresan en su independencia ante el Estado, en la creación de la Central Unica de los Trabajadores y de su partido el PT. Dichos avances han colocado a los trabajadores organizados en posición de liderazgo político y constituyen el núcleo de los demás movimientos.

Pero no solamente han sido importantes la presencia política y los nuevos espacios conquistados por estos movimientos. Lo fueron también la recuperación de la confianza en sus organizaciones y en su capacidad de lucha, así como en la revalorización de su memoria histórica, lo que se ha traducido en una nueva cultura política¹⁸ y en una simbología cívica significativa para dichos movimientos después de diecinueve años de dictadura militar.

En las ciencias sociales la preocupación por los movimientos sociales y populares no es nueva, pero ha sido más significativa en las últimas décadas. Ejemplo de este interés nos lo ofrece una investigación bibliográfica realizada en Río de Janeiro en 1974 y 1984 que sumó 253 artículos.¹⁹

Una parte considerable de estos artículos siguen estudiando a los llamados movimientos clásicos, sin embargo el mayor número de ellos están dedicados a los movimientos con características nuevas, llamados "nuevos movimientos sociales urbanos" y enfocados a conocer el proceder cotidiano de estos sectores.

Aunque esta producción, según Jacobi, "haya resultado esencialmente en una producción empírica y las principales críticas a estos trabajos se refieren a su espectro limitado",²⁰ ello hizo que los estudios sobre estos movimientos con nuevas ca-

racterísticas alcanzasen estatuto teórico. Su legitimidad la lograron por ser movimientos que no "encontraban lugar en los referenciales tradicionales, dirigidos hacia el análisis de la clase obrera —en la fábrica, en el sindicato, en el poder—".²¹ Todavía, según Telles, "es posible también decir que fue a través de ese debate y de los estudios que fueron producidos a raíz del mismo que los movimientos y los conflictos urbanos ganaron cierta legitimidad académica, constituyéndose en objetos de estudio diferenciados de los grandes temas —nacionalismo, reformismo, populismo, desarrollismo, urbanización, etcétera— en los cuales hasta entonces estuvieron sumergidos".²²

En torno a algunas cuestiones prácticas y teóricas

La situación de impasse de los movimientos sociales y populares plantea desafíos y cuestionamientos, por un lado en términos prácticos, como organizaciones, y por otro en términos teóricos, en relación con sus paradigmas.

Sobre los primeros se discutirá en el capítulo posterior, a partir del análisis concreto de la trayectoria del movimiento obrero en este periodo.

En relación a lo teórico creemos que la cuestión central gira en torno a la tentativa de dar continuidad en Brasil al esfuerzo de algunos pensadores europeos que han derivado, en términos generales, en dos corrientes de explicación de los movimientos sociales y populares en el país. Una de ellas, que se orienta por el paradigma marxista, se caracteriza por tratar de evitar la comprensión esquemática, determinista y economicista de las clases sociales, y por ampliar la capacidad explicativa y analítica de las categorías marxistas. En este sentido están los herederos de Gramsci y los que se orientan por las proposiciones de Manuel Castells, Eduardo P. Thompson, Christopher Hill y Eric Hobsbawm. La otra busca más bien construir un paradigma alternativo, que supere y sustituya el materialismo histórico en la explicación de los movimientos sociales y populares y que tienen en Touraine, Guattari y Castoriadis sus principales teóricos.

Aunque históricamente es en la perspectiva del paradigma marxista —teoría y método— que se iniciaron y se realizaron la mayor cantidad de estudios sobre dichos movimientos en el país, en las últimas décadas aparecen también estudios desde paradigmas alternativos y heterodoxos.

Los esfuerzos por construir nuevos paradigmas han evitado, también en Brasil, el camino de la validación o refutación paradigmática propio de las ciencias sociales. Ello implicaría la confrontación y el cuestionamiento de la capacidad explicativa

¹⁷ Raimundo R. Pereira, *Colecao Retratos do Brasil*, Sao Paulo, Editora Política, 1985, vol. 2, p. 425.

¹⁸ Ilse S. Warren, "O caráter dos novos movimentos sociais", en Kriskce, Paulo e Warren, Ilse S. (coords.), *Uma revolução no cotidiano? Os movimentos sociais na América Latina*, p. 36.

¹⁹ Alberto Noé e Cléa M. dos Santos, "Movimentos sociais no Brasil: levantamento bibliográfico", *Política e Administração*, Rio de Janeiro, FESP, vol. 1, núm. 2, julio de 1985, pp. 309-321.

²⁰ Pedro R. Jacobi, "Movimentos sociais: teoria e prática em questao", en Paulo Kriskce e Ilse, S. Warren, (coords.), *op. cit.*, p. 253.

²¹ Cf. Vera da Silva Telles, *op. cit.*, p. 62.

²² *Ibid.*

y heurística del marxismo sobre los movimientos sociales y populares. Sin embargo, este procedimiento analítico ha sido frecuentemente sustituido por declaraciones sistemáticas sobre la llamada crisis del marxismo y sobre la crisis de la izquierda, justificadas más que sobre sus posibles limitaciones teóricas, a partir de las consecuencias prácticas de las experiencias históricas realizadas en su nombre.

Sobre este camino indirecto han avanzado teorizaciones cuyos planteamientos, sintéticamente son:

En primer lugar, el concepto de “nuevos movimientos sociales” establece por oposición y diferencia un corte entre aquellos y los llamados “movimientos sociales tradicionales” como el obrero y el sindical. Como las explicaciones para este corte son ambiguas, destacamos las que consideramos más frecuentes. Se plantea, por un lado, que los primeros ya no son los segundos, expresión de las típicas contradicciones entre capital y trabajo propias de la sociedad capitalista industrial.²³ Por otro, “que estos nuevos movimientos se caracterizan en sus luchas por romper con esquemas populistas del pasado, para la creación de formas comunitarias de participación directas de las bases al nivel de la reflexión, de la decisión y de la ejecución, disminuyendo al máximo la distancia entre la dirección y las bases del movimiento”.²⁴ Una tercera explicación señala que “en su interior los individuos, hasta entonces dispersos y privatizados, pasan a definirse, a reconocerse mutuamente, a decidir y actuar en conjunto y a redefinirse ante cada hecho resultante de las decisiones y actividades realizadas”.²⁵ Y una última, que están integrados tanto por organizaciones de tipo grupal, como por “el pueblo en un sentido más amplio que el de clase proletaria”.²⁶

En segundo lugar, la especificidad política de los “nuevos movimientos sociales” está conformada por el plano de los valores y conceptualizada como “cultura crítica”. Esta ha sido construida por los movimientos “a partir de la insatisfacción en relación con las formas de opresión y autoritarismo tanto del capitalismo como las tentativas para su superación —el socialismo real—”.²⁷ El principio de esta cultura se inspira en el anarquismo, que defiende “la democracia de base, la libre organización, la autogestión, el derecho a la diversidad y el respeto a la individualidad, a la identidad local y regional y la noción de lo individual asociada a la de libertad colectiva”.²⁸

Tercero, las proposiciones anteriores legitiman a los “nuevos movimientos sociales urbanos” como

los nuevos dirigentes o sujetos sociales, con un proyecto propio y capaces de realizar cambios sociales a partir de la transformación de la cotidianidad en que viven sus miembros. El espacio de acción de dichos movimientos es la sociedad civil, definida inicialmente por oposición al ámbito de lo estatal militarizado y posteriormente a lo estatal a secas. Sociedad civil, que los movimientos buscan ensanchar como estrategia para controlar el poder del Estado. La naturaleza de éste no es cuestionada y tampoco se proponen transformarla.

Cuarto, la táctica de estos sujetos es sobre todo su acción autónoma frente al Estado, sin depender para ello, necesariamente, de la interrelación entre los mismos movimientos, entre éstos y “los movimientos sociales tradicionales” y sobre todo de las agrupaciones político-partidarias.

Las principales limitaciones señaladas a las proposiciones anteriores apuntan a la transposición mecánica, hacia la realidad brasileña, de marcos teóricos elaborados a partir de problemas específicos de las sociedades capitalistas desarrolladas. Ejemplo de ello es el énfasis dado por muchos autores a la crisis urbana como origen de los “nuevos movimientos sociales”, perspectiva que Jacobi critica por no ser adecuada para explicar la realidad latinoamericana y particularmente la brasileña, “toda vez que en éstas los movimientos sociales tienen por base una población proletaria o proletarizada y tienen como horizonte de acción, reivindicaciones vinculadas a la mejoría de las condiciones de vida”.²⁹

En relación al paradigma marxista, las proposiciones teóricas anteriores implican el abandono en el análisis de la vinculación entre las estructuras económicas, sociales y políticas y el origen, las características y la dinámica de los movimientos. Implica también el abandono del concepto de clase social como criterio para la caracterización inicial de dichos movimientos. Y por último, implica la negación del papel de vanguardia de la clase obrera y de sus organizaciones, tales como el sindicato y el partido, en el proceso de transformación social.

A lo anterior hay que añadir que a partir del supuesto de que Brasil goza ya de un capitalismo plenamente desarrollado y que según cierto pensamiento de inspiración gramsciana se caracteriza por ser una sociedad de tipo occidental, es prescindible la consideración de categorías tales como imperalismo, dependencia y la naturaleza del Estado para explicar la especificidad de la sociedad brasileña.

Importancia del movimiento obrero

Cualquiera que sea la perspectiva política en el análisis de la evolución reciente del proceso político brasileño no se puede dejar de considerar el papel

²³ Cf. Warren, *op. cit.*, p. 38.

²⁴ *Idem*, p. 42.

²⁵ Marilena Chaui. “Prefacio” a la obra de Sader, Eder. *Quando novos personagens entram em cena*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1988, p. 10.

²⁶ *Idem*, p. 39.

²⁷ *Idem*, p. 40.

²⁸ *Idem*, p. 40.

²⁹ Cf. Pedro R. Jacobi, *op. cit.*, p. 253.

clave que representó el movimiento obrero en este periodo. Desde las huelgas de 1978 en el ABCD,³⁰ el movimiento obrero representó, indiscutiblemente, por su creciente capacidad de resistencia, la verdadera prueba del proyecto de apertura "lenta, gradual y segura" elaborado por la dictadura militar. Todo el discurso liberal-conservador en que se basó este proyecto pronto mostró sus límites cuando fue enfrentado a la protesta obrera.

La resistencia obrera gana importancia cuando se descubre que la política salarial era el elemento clave del proyecto de integración al dinamismo de la economía mundial, promovido por la dictadura militar. En tal proyecto, basado en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, el control sobre la clase obrera y sus formas de organización constituyen un elemento decisivo en el éxito del mismo.

La historia de este movimiento ya fue ampliamente reconstruida y no nos detendremos sobre la misma.³¹ Lo fundamental para nuestra exposición es utilizar los datos de su evolución reciente —posterior a 1985—, siempre que nos sea útil para sostener las hipótesis aquí presentadas.

El movimiento obrero se expresa orgánicamente en la sociedad brasileña, por medio de sus tres centrales sindicales: la CGT (Central General de los Trabajadores), la FS (Fuerza Sindical) y la CUT (Central Única de Trabajadores). De las tres, la CUT de línea marcadamente clasista es la que tiene hoy la mayor responsabilidad en la conducción del movimiento obrero. Con gran influencia de militantes "petistas",³² está implantada a nivel nacional y reunió, en su 3er. Congreso realizado en 1988, más delegados que el CONCLAT de 1983, cuando todavía no estaba consolidada la división del movimiento obrero en el país.³³ La CGT no se encuentra hoy en condiciones de disputar con la CUT la hegemonía sobre el movimiento obrero y sirve apenas como una pantalla para ocultar los intereses de los esquirols charros que luchan por representar en el medio obrero los intereses del capital, así como para lograr posiciones en la estructura estatal, como es el caso del actual ministro del trabajo de Collor de Mello, afiliado a esta central. Distinto es el caso de la FS, que busca instrumentar en el país lo que se dio por llamar "sindicalismo de resultado", una línea que

busca conciliar por medio de la negociación, conquistas para el movimiento sin "politizar" o romper la lógica de la acumulación de capital en el país.

No nos ocuparemos de detallar los problemas de cada una de estas organizaciones, nos detendremos apenas en la CUT, por ser la más representativa y fuerte de las tres y la que presenta, de forma clara, todos los impasses y dilemas del movimiento obrero brasileño en la actualidad.

La primera característica del movimiento obrero es que no se trata de un nuevo movimiento social sino de un movimiento que presenta nuevas cuestiones en relación al periodo previo a 1964. La principal de ellas, y la que posibilitó que varios analistas lo caracterizaran como "nuevo sindicalismo", se refiere a su carácter clasista que lo diferencia también de otros movimientos que surgen en el mismo periodo. El origen de este sindicalismo fue captado por Marini al afirmar que: "el clasismo de hoy nace del desarrollo orgánico y de las batallas trabadas por las fuerzas de la izquierda en el paso próximo; nada colaboró tanto para hacerlo posible como el desenmascaramiento del carácter de clase del Estado, operado en 1964".³⁴

En efecto, la dictadura que surge en 1964 como contrarrevolución, pretendiendo acabar con el peligro de la república sindical, "no hace más que profundizar las contradicciones de clase de la sociedad brasileña al desarrollar de forma acelerada el capitalismo en el país, concentrando en las grandes ciudades un fuerte proletariado industrial, cuyo mejor fruto son la CUT y el PT en los inicios de los años ochenta. Esta radicalidad de la lucha obrera originada a partir del proceso de proletarianización (que también ocurre en el campo) tiene como base la lógica de la superexplotación que mencionamos anteriormente. Esto impedía que el régimen pudiera hacer concesiones a las crecientes reivindicaciones de los trabajadores, cuyos sindicatos estaban sometidos también al control estatal y sujetos a la intervención por parte del mismo, lo que no tardó en ocurrir luego que las primeras grandes huelgas se realizaron. Luchando contra la lógica de la superexplotación, contra el control estatal de sus órganos de representación, pasando rápidamente de la lucha económica a la lucha política y confiando así un carácter de clase a la lucha contra la dictadura brasileña, el movimiento obrero se encargó de hacer más flexibles los límites previstos inicialmente por el proyecto "transformista" de los dueños del poder. Con todo, todavía esa capacidad de lucha y hasta de iniciativa, que caracterizó su evolución

³⁰ Cf. Pedro R. Jacobi, *op. cit.*, p. 253.

³¹ Barrios obreros de la periferia de São Paulo: A San Andrés; B San Bernardo; C San Cayetano; D Diadema.

³² Para una buena revisión de la historia del movimiento obrero, véase Ruy Mauro Marini. "El movimiento obrero brasileño", *Cuadernos Políticos*, México, FCEyS, UNAM, núm. 46, abril-junio de 1985.

³³ La CUT fue mayoritariamente formada con militantes sindicales pertenecientes al Partido de los Trabajadores y sólo recientemente militantes sindicales de otros partidos como el Partido Comunista Brasileño (PCB), del Partido Comunista de Brasil (PCdoB) y del Partido Demócrata de los Trabajadores (PDT) ingresaron en sus filas.

³⁴ En el CONCLAT (Congreso de las Clases Trabajadoras) el total de delegados fue de 4.087. Cinco años después, el congreso de la CUT presentó 6.242 delegados, siendo el mismo criterio para sacarlos de los dos casos.

durante el periodo 78-85, empieza a presentar grandes problemas en el periodo inmediatamente posterior. Este dilema puede resumirse de la siguiente forma: el movimiento obrero tuvo gran responsabilidad en la superación de la dictadura, pero no fue capaz de profundizar la democracia. ¿Cuáles son los motivos por los que no logra avanzar ante los grandes impasses de la sociedad brasileña?

Las principales contradicciones del movimiento obrero

El principal obstáculo que enfrenta hoy el movimiento obrero es el economicismo que caracteriza su actuación. Los dos más importantes ejemplos de la limitación que impone esta característica del movimiento a las conquistas que necesita, pueden verse claramente en las dos últimas huelgas generales que organizó en el país. En la primera, realizada el 12 de junio de 1990 como contraofensiva a los efectos de la política económica del gobierno Collor, el movimiento no fue capaz de defender la calidad política de la huelga. No fue raro encontrar militantes en una posición defensiva ante la acusación del gobierno de que la huelga era política, porque entre otras reivindicaciones —en la cual la lucha por recuperar las pérdidas salariales era el elemento central— el movimiento fue acusado de luchar contra el conjunto de la política económica del nuevo gobierno. Tema que, para el pensamiento dominante en la sociedad brasileña debe estar restringido a los que están a cargo de los negocios del Estado. El movimiento obrero no percibió que en economías como la brasileña, en donde la inflación siempre ha sido la estrategia de las clases dominantes para fomentar el proceso de crecimiento y de concentración de la renta, las luchas de carácter económico tienen poca eficacia, aun cuando siempre son necesarias.

En el periodo reciente en donde la inflación permanece en dos dígitos, significaría que cada seis meses o en periodos todavía menores, las huelgas serían necesarias para contrarrestar los efectos de la inflación. Al no percibir esta dinámica, y mantener luchas sectoriales y sin conferir un carácter más político a sus manifestaciones nacionales, surge un segundo problema para su desarrollo: el aislamiento en relación con otros movimientos sociales. En efecto, en las dos últimas huelgas nacionales la solidaridad del conjunto de la población y de otros movimientos organizados no fueron efectivas y dejaron al movimiento, a pesar de lo justo de sus reivindicaciones, en total abandono. Particularmente en la segunda huelga nacional, realizada en los últimos días de mayo de 1991, además del aislamiento del movimiento, su rotundo fracaso condujo a una dura lucha interna entre las distintas co-

rrientes que lo componen, incluso en su corriente mayoritaria, la "Articulación".³⁵

Más que errores en la conducción o en la organización de la huelga y aun sobre lo adecuado de su oportunidad, la polémica toca a una cuestión de fondo que agita las bases de la Central: cuál es el carácter y la función de la lucha sindical en el proceso de transformación de la sociedad brasileña. Gran parte de su dirigencia y militancia avanza para la definición de un sindicalismo revolucionario que, en el límite, debe trabajar "para incorporar los sindicalistas a la lucha por la construcción del sindicalismo".³⁶

Por otro lado, José Dirceu, diputado federal por Sao Paulo y secretario general del PT, afirma que es "urgente que la CUT supere la visión de partido o de movimiento. La CUT tiene que organizarse y participar de la lucha institucional".³⁷ Como se puede ver, a raíz de su actuación concreta en la defensa de sus mínimas reivindicaciones, la realidad exige del movimiento definiciones más amplias y estratégicas de las que poseía en los tiempos de su lucha contra la dictadura. Es verdad que la Central ha avanzado mucho en la organización de lo que para ella son sus "sectores", tales como la lucha de la mujer trabajadora. Este movimiento se ha apoyado ampliamente en la organización nacional del sindicalismo para llevar adelante sus luchas. Así, los congresos de la "mujer metalúrgica", la "mujer campesina", la "mujer bancaria", la "mujer periodista" y la "mujer doméstica" se realizaron bajo los auspicios de la CUT o de algunos de sus sindicatos.³⁸

La Central desarrolló también un gran esfuerzo en la organización de los trabajadores sin tierra, superando una de sus grandes debilidades en el

³⁵ Cf. Ruy Mauro Marini, *op. cit.*, p. 22.

"Articulación" es la tendencia mayoritaria en la cut, en la cual participan Jair Meneguelli como presidente, y personalidades como Luis Ignacio da Silva, José Dirceu, Olivio Dutra, etcétera.

³⁶ Cf. *Boletín de Tendencia Interna do PT Força Socialista*, Sao Paulo, año 1, núm. 0, Janeiro de 1991, p. 7. Aun con matices distintos otras tendencias internas o dirigentes destacados sostienen una posición en el mismo campo. "Al afirmarse anticapitalista y por el socialismo, la cut debe incorporar a su acción más global un proyecto articulado de lucha contra la manutención de los principios pilares de apoyo del régimen, particularmente los mecanismos de represión, coerción y dominación ideológica, como las fuerzas armadas y la tutela militar, el monopolio de los medios de comunicación de masas y la Constitución conservadora". Cf. Neves, Helio y Francisco Chagas. "Papel estratégico", *Teoría e Debate*, Sao Paulo, revista trimestral do Partido dos Trabalhadores, no. 14, abril-mayo-junio de 1991, p. 57.

³⁷ Cf. *Boletín de tendencia interna do PT Força Socialista, declaraciones en la "Folha de Sao Paulo"*, Sao Paulo, 27 de mayo de 1991, p.p. 1-5. José Dirceu no está solo en esta posición. También el secretario general de la CUT ha fracasado en evolucionar conjuntamente para una política afirmativa refiriéndose a su resistencia en participar en negociaciones con el gobierno. Cf. Gilmar Cameiro e Flavio Pachalsky. "Cut: hora de pensar grande", *Teoría e Debate*, Sao Paulo, revista trimestral do Partido dos Trabalhadores, núm. 11, julio-agosto-septiembre de 1990, p. 68.

³⁸ Cf. "A mulher trabalhadora", *Debate*, Sao Paulo, Departamento de Estudos Socio-economicos e politicos, año 3, núm. 10, mayo de 1989, pp. 42-45.

campo de las alianzas, cuyo eje central se constituye hoy en la relación obreros/campesinos. Esta alianza tiene un valor estratégico mayor que su actuación en relación con lo de las mujeres. Pero es igualmente importante recordar que también los campesinos tienen una larga tradición de lucha que se remonta incluso al siglo pasado. La CUT heredó, por lo tanto, una gran tradición y formas de lucha que enriqueció su actuación en el medio rural, lo cual posibilitó un gran avance político y organizativo entre los campesinos.³⁹

No obstante este esfuerzo, no se logrará superar el aislamiento de la lucha obrera ocurrido en las últimas huelgas nacionales con la organización de otros sectores sociales, por más representativos que éstos sean. La superación de este aislamiento pasa por definiciones estratégicas que no están completamente aclaradas para el conjunto de los trabajadores.

Una cuestión es cierta: la opción entre una línea "revolucionaria", por un lado, y la de "resultado", por el otro, en el caso de la CUT parece no ser el dilema. Dicha central ya optó por la primera estrategia y los desencuentros son más tácticos que estratégicos. Dicha cuestión, resuelta para esta Central, permanece como elemento de disputa para el conjunto del movimiento sindical, particularmente porque la "Fuerza Sindical", central apoyada en el poderoso sindicato de los metalúrgicos de Sao Paulo, es representante de lo que se denominó aquí como sindicalismo de resultado.⁴⁰

Esta estrategia, no obstante sus logros inmediatos y efímeros, enfrenta un problema estructural de difícil solución en países dependientes como Brasil. Las posibilidades de concesión a las crecientes demandas de los trabajadores son limitadas por la lógica de la sobreexplotación en que se basa el funcionamiento

del capitalismo en el país. El propio sindicalismo combativo de la CUT, con la fuerza que representa, no fue capaz de revertir la tendencia a la disminución del poder de compra de los salarios en los últimos años. Y eso no se debe al número de trabajadores en huelga que, como observamos en el cuadro anterior, ha aumentado considerablemente.

No obstante el aumento extraordinario de trabajadores en huelga solamente en el periodo de marzo a diciembre de 1990, el salario mínimo perdió 30% de su valor real y el desempleo alcanzó los 6 millones de trabajadores. ¿Qué nos dice esta realidad? Ella refuta la tesis del sindicalismo de resultado, que supone concesiones para los trabajadores a partir de acuerdos con los empresarios y con el gobierno. Además, cuando la recesión se constituye como política deliberada del gobierno, esta estrategia tiene todavía muchos problemas que superar.

Pero también el sindicalismo combativo tiene que captar el mensaje de esta situación. Queda claro que, en el corto plazo, actuar según la táctica de recuperar las pérdidas económicas resultantes de los efectos de la inflación apenas desgasta al movimiento, el que no logra nunca superar la dinámica impuesta por la política económica vigente. De allí la necesidad de profundizar el proyecto de la lógica misma del capitalismo dependiente. El movimiento obrero que logró avanzar en un periodo tan difícil como el de la dictadura, tiene ahora otro desafío que consiste en superar su economicismo, buscando aliados en el conjunto de la sociedad para proponer un programa que dé cuenta del conjunto de los problemas de la nación.

Además, es necesario avanzar en la solidaridad internacional y dar continuidad a las iniciativas de Cuba en 1985, y de Brasil de 1987, cuando el movimiento sindical latinoamericano logró iniciar un proceso de articulación continental contra el pago de la deuda externa. Recuperar el territorio perdido en este campo es particularmente importante, porque la CUT ha mantenido durante todo este tiempo una política de independencia en relación a las centrales sindicales mundiales, con más razón después del derrumbe del "socialismo realmente existente" y de la derechización de la socialdemocracia, propuestas en que se basan las centrales mundiales.

El inicio de dicho proceso debe consistir en retomar este punto de solidaridad y de articulación política a nivel continental. Además, con la profundización del proceso de mundialización de las economías nacionales, que se manifiesta también en los procesos de integración regional,⁴¹ se presenta otra oportunidad para que el movimiento sindical brasileño profundice la articulación iniciada en los encuentros anteriormente mencionados.

| AÑO | NUMERO DE TRABAJADORES EN HUELGA |
|------|----------------------------------|
| 1980 | 1'561,000 |
| 1981 | 2'396,680 |
| 1982 | 2'650,350 |
| 1983 | 1'015,070 |
| 1984 | 1'441,360 |
| 1985 | 6'194,950 |
| 1986 | 5'754,590 |
| 1987 | 6'295,610 |
| 1990 | 14'295,963 |

FUENTE: "Tese 13" Articulacao Sindical, Sao Paulo, 1990; y I. Vilmar., "A evolucao dos salarios e do comportamento sindical de 1980 a 1987", Universidade de Santa Catarina, 1990, mimeo, p. 139.

³⁹ Sobre los dilemas y la historia de la articulación entre la CUT y los "sem terra" (sin tierra) véase Regina Reyes Navais. "Disolver a neblina", *Teoria e Debate*, Sao Paulo, revista trimestral do Partido dos Trabalhadores, núm. 8, octubre-noviembre-diciembre de 1989, pp.46-49.

⁴⁰ Para una excelente crítica a este sindicalismo véase Duarte, Oseas. *Os mercados de ilusões: análise crítica do sindicalismo de resultado*, Sao Paulo, Ed. Brasil Debates, 1988.

⁴¹ Ejemplo el MERCOSUR-95, mercado regional integrado por Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay que se consolidará a partir de 1995.